

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

### HISTORIA DE CORINA

---

#### CAPITULO I

Osvaldo, voy á empezar por la declaracion que ha de decidir de mi vida : si despues de haberla leido, no os parece posible perdonarme, no paseis adelante, y lanzadme léjos de vos; pero si no se rompen todos nuestros vínculos al saber el nombre y la suerte que he renunciado, quizá lo que luego veais me servirá de disculpa.

Lord Edgermond era mi padre; nací en Italia de su primera mujer que era Romana, y Lucila Edgermond, destinada á ser vuestra esposa, es hermana mia paterna, y fruto del segundo matrimonio de mi padre con una Inglesa.

Ahora oidme. Criéme en Italia, y perdí á mi madre cuando tenia diez años; pero como al morir manifestó sumo deseo de que me acabase de educar ántes de pasar á Inglaterra, me dejó mi padre en Florencia con una tia de mi madre hasta que cumplí quince años. Habianse formado mi talento, mis inclinaciones, y aun mi carácter, cuando la muerte de mi tia determinó á mi padre á llevarme á su compañía. Habitaba en una ciudad poco considerable de Northumberland, que no puede, á mi parecer, dar ninguna idea de Inglaterra; y esto es cuanto yo he sabido de ella en los seis años de mi residencia allí. Mi madre, desde niña, no me hablaba sino de la desgracia de no vivir en Italia; y mi tia me repitió mil veces que mi madre habia muerto del disgusto de tener que ausentarse de su patria : ademas, mi buena tia estaba en la inteligencia de que una católica se condenaba si vivia en tierra protestante; y aunque yo no pensaba así, me causaba mucho temor la idea de ir á Inglaterra.

Partí con un sentimiento inexplicable de tristeza; la mujer que vino á buscarme no sabia italiano; y aunque todavía decia yo algunas palabras en aquella lengua á hurtadillas con mi pobre Teresina, que consintió en seguirme, si bien no cesaba de llorar por su patria, me fué indispensable dejar la costumbre de aquellos sonidos armoniosos, que tanto agradan, aun á los extranjeros, y cuyo atractivo se unia para mí con todas las memorias de la niñez.

Adelantéme hácia el Norte; sensacion triste y penosa que experimentaba, sin conocer la causa con claridad. Cinco años hacia que no habia visto á mi padre cuando llegué á su casa; y apénas pude conocerle: parecióme que su semblante habia tomado carácter mas grave; sin embargo, me recibió con ternura, y me dijo que me semejaba mucho á mi madre. Vi á mi hermanita, entónces de tres años, y el rostro mas blanco, y los cabellos de seda mas rubios que jamas he visto: miréla con admiracion, porque en Italia apénas hay figuras semejantes á la suya; mas desde luego me gustó mucho, y aquel mismo dia cogí algunos cabellos para hacer de ellos un brazaletes, que siempre he conservado. Por fin, se presentó mi madrastra, y la impresion que me hizo á primera vista, se aumentó renovándose durante los seis años que pasé en su compañía.

Lady Edgermond gustaba exclusivamente de la provincia donde habia nacido, y mi padre, á quien dominaba, sacrificó por ella la mansion de Lóndres y de Edimburgo. Era una mujer fria, majestuosa, callada, cuyos ojos manifestaban ternura mirando á su hija; pero al mismo tiempo tenia cierta determinacion en la expresion de su fisonomia, y en sus palabras, que parecia mostraba la imposibilidad de hacerle entender una idea nueva, ni aun una voz á que no estuviese hecho su entendimiento. Recibíome bien; pero advertí con facilidad que mis modales le causaban novedad, y que se proponia mu-

darlos, si pudiese: miéntras comimos no se habló una palabra, aunque teníamos convidados á algunos vecinos; y yo cansada de tanto silencio, quise á la mitad de la comida hablar algo con un hombre ya anciano que estaba á mi lado. Sabia bastante bien el inglés, porque desde niña me lo enseñó mi padre, y cité en la conversacion versos italianos purisimos y sumamente delicados; pero que hablaban de amor: mi madrastra, que sabia algo de italiano, me miró, sonrojóse, é hizo seña á las mujeres mas presto de lo acostumbrado para que se retirasen á preparar el té dejando en los postres á los hombres solos. Yo ignoraba esta costumbre, que se extraña mucho en Italia, donde no se concibe sociedad agradable, faltando mujeres; y discurri al pronto que mi madrastra estaba tan incomodada conmigo, que no queria permanecer en el aposento donde yo me hallaba; mas luego me tranquilicé, porque me hizo seña de que la siguiese, y no me reprendió en las tres horas que estuvimos en la sala esperando á los hombres.

Al tiempo de cenar me dijo mi madrastra con bastante suavidad, que no se usaba hablasen las jóvenes, y en especial jamas debian citar versos en que se pronunciase la palabra amor. — Miss Edgermond, añadió, debeis procurar olvidar todo lo de Italia, y ojalá jamas la hubiéseis conocido. — Pasé la noche llorando; tenia el corazon oprimido de tristeza; fui á pasearme por la mañana; pero hacia una niebla horrorosa, y no divisé el sol, que al ménos

me habria acordado mi patria; encontré á mi padre, que se llegó á mí, y me dijo: Hija mia, aquí no sucede como en Italia, las mujeres, entre nosotros, no tienen mas destino que las obligaciones domésticas; tus habilidades te servirán de recreo en la soledad, y quizá hallarás un marido á quien complazcan; pero en una ciudad reducida como esta, todo cuanto llama la atencion excita envidia, y no encontrarías quien fuera tu esposo, si llegasen á presumir que tus inclinaciones no son conformes; aquí el modo de vivir debe sujetarse á los antiguos estilos de una provincia remota. Pasé con tu madre en Italia doce años, cuya memoria es para mí dulcísima; entónces era jóven, y la novedad me agradaba; ahora he vuelto á mi rincón, y me encuentro en él bien, porque una vida regular, y aun algo uniforme, hace pasar el tiempo sin advertirlo. Pero no es cordura oponerse á los usos del país donde se vive, y siempre causa perjuicio hacerlo, porque en un pueblo tan corto como el nuestro, todo se sabe, todo se repite; no hay cabida para la emulacion, sí para los celos, y mas vale sufrir un poco de tedio, que encontrar siempre semblantes atónitos y malévolos, que te pidiesen á cada instante cuenta de tus acciones.

No, amado Osvaldo, no podeis figuraros la pena que sentí, miéntras hablaba de este modo mi padre; acordábame de él, cual le habia conocido en mis primeros años, lleno de gracia y de viveza, y ahora le veia encorvado bajo el manto de plomo que el

Dante describe en el infierno, y que la medianía arrojaba sobre los hombros de los que se someten á su yugo; todo se apartaba de mi vista, el entusiasmo de la naturaleza, de las bellas artes, de la sensibilidad; y mi alma me atormentaba como una llama inútil que me abrasaba á mí misma por falta de otro alimento. Soy naturalmente apacible, y así mi madre no tenia motivo para quejarse en mi trato con ella; mucho ménos mi padre, porque yo le amaba entrañablemente, y solo en su conversacion encontraba todavía algun placer. Hallábase resignado, pero sabia que lo estaba; miéntras la mayor parte de nuestros caballeros campesinos pensaban tener la vida mas juiciosa y mas agradable del mundo, bebiendo, cazando, y durmiendo.

Su satisfaccion me turbaba de tal manera, que á veces me preguntaba á mí misma si no era realmente locura mi modo de pensar; y si aquella existencia sólida en todo, que evita á la par el dolor y el pensamiento, no era mejor que mi sistema de vida; pero ¿de qué me hubiera servido este triste convencimiento? de afligirme por mi talento como de una desgracia, en tanto que en Italia se miraba como un beneficio del cielo.

Algunas personas habia, entre las que tratábamos, no faltas de ingenio; mas le sofocaban como un resplandor importuno; y regularmente hácia los cuarenta años ya se habia entorpecido aquel leve movimiento como todo lo demas. Mi padre, al acer-

carse el fin del otoño, iba muchas veces á caza, y solíamos estar esperándole hasta media noche : durante su ausencia, estaba en mi cuarto la mayor parte del día cultivando mis habilidades, y mi madrastra no lo llevaba á bien. — ¿ Para qué es todo eso? me decia, ¿ serás mas feliz? y esta palabra me desesperaba. ¿ Qué es pues la felicidad, decia entre mí, sino el desarrollo de nuestras facultades. ¿ No es lo mismo darse la muerte fisica ó moralmente? Y si debo sofocar mi entendimiento y mi alma, ¿ para qué he de conservar el miserable resto de vida que me agita en vano? Pero me guardaba de hablar de esta manera á mi madrastra, porque habiéndolo intestado una vez ó dos, me respondió que una mujer no tenia que cuidar sino de la casa de su marido, y de la salud de sus hijos; que todas las demas presunciones eran perjudiciales, y que el mejor consejo que podia darme era que las disimulase si las tenia. Esta contestacion, aunque tan comun, me dejaba absolutamente sin respuesta, porque el entusiasmo, la emulacion, todos estos motores del alma y del genio, necesitan mucho fomento, y se marchitan como las flores bajo un cielo triste y helado.

No hay cosa mas fácil que aparentar moralidad, desaprobando cuanto pertenece á un alma elevada : hasta el deber, destino el mas noble del hombre, puede desfigurarse como cualquiera otra idea, y volverse arma ofensiva de que se valen los ánimos apocados, las personas medianas y satisfechas de sí

para imponer silencio al talento, y libertarse del entusiasmo del genio, en fin de todos sus contrarios. Diríase, al oírlos, que el deber consiste en el sacrificio de las facultades superiores, y que el ingenio es una culpa digna de expiarse haciendo precisamente la propia vida que los demas ; pero ¿ es cierto que la virtud prescribe á todos los caracteres reglas semejantes? Las grandes ideas, los sentimientos generosos, ¿ no son en esta vida deuda de los seres capaces de pagarla? ¿ Cada mujer no debe, como cada hombre, abrirse camino conforme á su carácter y á su talento? ¿ y hemos de imitar el instinto de las abejas, cuyos enjambres se suceden sin progreso y sin variedad?

No, Osvaldo, perdonad al orgullo de Corina ; mas yo pensaba haber nacido para otro destino ; siéntome tan sumisa á quien amo como aquellas mujeres que me rodeaban, y no consentian juzgar á su entendimiento, ni desear á su corazon ; y si quisiérais pasar vuestros dias en el centro de la Escocia, seria dichosa allí viviendo y muriendo con vos ; pero léjos de renunciar á mi imaginacion, me serviria para gozar mejor de la naturaleza, y cuanto mas se dilatase mi entendimiento, mas gloria y mas ventura hallaria en declararos dueño de él.

Mi madrastra estaba casi igualmente disgustada con mis ideas y con mis acciones ; no le bastaba hiciese la misma vida que ella, si no era por las propias razones ; porque pretendia que las disposicio-

nes que le faltaban solo se considerasen como una enfermedad. Vivíamos bastante próximos á la orilla del mar, y el viento del norte se sentia con frecuencia en nuestro castillo: yo le oia silbar por la noche en los largos corredores de nuestra morada, y de dia favorecia maravillasamente nuestro silencio, cuando estábamos reunidas. El tiempo era húmedo y frio; no se podia casi salir sin experimentar una sensacion dolorosa: tenia la naturaleza cierto influjo enemigo, que me hacia acordar amargamente de su beneficencia y su dulzura en Italia.

Por el invierno volvíamos á la ciudad, si es ciudad un lugar donde no hay teatro, ni edificios, ni música, ni pinturas; era puramente una reunion de vecinos, una coleccion de objetos pesados, á un mismo tiempo diferentes y uniformes.

El nacimiento, las bodas y la muerte componian toda la historia de nuestra sociedad, y estos tres acaecimientos variaban aun ménos allí que en otras partes. Figuraos qué cosa seria para una Italiana como yo, estar sentada muchas horas al dia al rededor de una mesa de té, despues de comer, con las amigas de mi madrastra. Nuestra tertulia constaba de siete mujeres, las mas circunspectas de la provincia, dos de ellas solteras de cincuenta años, tímidas como las de quince, pero mucho ménos alegres. Decia una mujer á otra: *querida mia, ¿os parece que está el agua bastante caliente para echar encima del té?* — *Querida mia,* respondia la otra,

*creo es demasiado presto, porque los señores no parece vienen todavía.* — *¿Estarán hoy mucho tiempo en la mesa?* decia la tercera, *¿qué juzgais, querida mia?* — *No sé,* respondia la cuarta, *pienso que la semana próxima es la eleccion del parlamento, y tal vez se detendrán hablando de ella.* — *No,* replicaba la quinta, *mas bien estoy en que hablan de aquella caza de zorros que tanto los divirtió la semana pasada, y debe empezar otra el lunes; no obstante, creo que presto acabarán de comer.* — *¡Ah! no lo espero,* decia suspirando la sexta, y volvian á callar. — Yo habia estado en los conventos de Italia, y me parecian muy ruidosos en comparacion de aquel círculo, donde no sabia qué hacerme.

Cada cuarto de hora se levantaba una voz para hacer la pregunta mas insulsa, y conseguir la mas fria respuesta, y el tedio volvía á caer con nuevo peso sobre aquellas mujeres, que habrian podido parecer desgraciadas, si el hábito contraido desde la niñez no enseñase á soportarlo todo. Por fin, venian los señores, y aquel momento tan esperado no causaba gran mudanza en la situacion de las mujeres; los hombres proseguian su conversacion junto á la chimenea, y ellas permanecian en el extremo del aposento distribuyendo las tazas de té, hasta que llegando la hora de irse, se despedian con sus esposos, dispuestas á comenzar de nuevo al dia siguiente una vida que no se diferenciaba de la vispera

sino por la fecha del almanaque, y la huella de los años que venia por fin á imprimirse en el rostro de aquellas mujeres, como si durante este tiempo hubieran vivido.

Todavía no acierto cómo pudo salvarse mi talento del frio mortal que me rodeaba, porque no debo disimularlo, todos los modos de ver tienen dos aspectos: puede alabarse el entusiasmo, y tambien censurarse; el movimiento y la quietud, la variedad y la monotonía, pueden impugnarse y defenderse con diversos argumentos; puede hablarse en favor de la vida; pero no falta qué decir en abono de la muerte, ó de lo que se parece á ella. No es pues seguro que pueda despreciarse sencillamente la conversacion de las personas medianas: porque á pesar nuestro penetran en lo mas profundo de nuestra mente, nos esperan en los instantes en que la superioridad nos ha causado disgustos, para decirnos un *pues* muy pacifico, muy moderado, al parecer; y no obstante, es la voz mas dura que puede oirse. La envidia es soportable solo en los países donde esta envidia procede de la admiracion de los talentos; pero ¡qué desgracia excede á la de vivir donde la superioridad excitase celos y no entusiasmo; dónde se viese uno aborrecido como un poderoso, siendo ménos fuerte que un ente oscuro! Esta era mi situacion en aquella triste morada; el ruido que hacia importunaba á todos, y no podia, como á Lóndres ó en Edimburgo, encontrar aque-

llos hombres eminentes que saben juzgar y conocer, y que sintiendo la necesidad de los placeres inagotables del entendimiento y de la conversacion, habrian hallado algun deleite en discurrir con una extranjera, aunque no se conformase en todo con las costumbres de su país.

Pasaba á veces dias enteros en las tertulias de mi madrastra, sin oir una palabra que correspondiese á una idea, ni á un sentimiento; siquiera se atrevian á usar de ademanes hablando; veíase en el rostro de las jóvenes la mas hermosa frescura, los colores mas vivos, y la mas completa inmovilidad: ¡extraña oposicion entre la sociedad y la naturaleza! Todas las edades venian á tener los mismos placeres; tomaban té, jugaban al whist, y envejecian las mujeres haciendo siempre una cosa y quietas siempre en el propio sitio; seguro estaba el tiempo de que no podria errarlas, pues sabia donde cogerlas.

En las ciudades mas reducidas de Italia hay teatro, música, improvisadores, mucho entusiasmo de la poesía y de las artes, y un sol hermoso: en fin se siente la vida; pero yo la olvidaba enteramente en la provincia donde habitaba, y creo hubiera podido enviar en mi lugar una muñeca levemente perfeccionada por la mecánica: habria ocupado muy bien mi puesto en la sociedad. Como en Inglaterra hay en todas partes intereses de varias especies que hacen honor á la humanidad, los hombres, por

mas retirados que vivan, siempre tienen medios para ocupar dignamente sus ocios; pero la existencia de las mujeres en el rincón solitario donde yo habitaba, era harto insulsa. Algunas había que perfeccionándose con la naturaleza y la reflexión, desenvolvieron su entendimiento, y descubrí en ellas algunos acentos, algunas miradas, algunas palabras dichas en voz baja, que salían de la línea común; pero la opinioncilla del país, omnipotente en su círculo reducido, sofocaba del todo aquellas semillas; hubiera parecido una casquivana, una mujer de virtud dudosa, quien se entregase á hablar, á mostrarse de alguna manera, y lo peor después de tantos inconvenientes era no conseguir ninguna ventaja.

Al principio intenté reanimar aquella sociedad dormida; propúseles leer versos ó tener música; y ya en una ocasión habíamos señalado el día para empezar; pero luego una mujer se acordó de que hacia tres semanas le había convidado á cenar su tía; otra de que estaba en el luto de una prima vieja, á quien jamás había visto, y de cuya muerte hacia ya tres meses; otra, en fin, de que tenía que dar ciertas disposiciones domésticas: y todo esto era muy puesto en razón; pero lo sacrificado siempre eran los placeres de la imaginación y del entendimiento, y á veces oía tanto: *no puede ser*, que entre aquellas continuas negaciones, la mejor de todas me hubiera parecido no vivir.

Yo misma, después de haber luchado algún tiempo, había renunciado á mis inútiles tentativas, no porque mi padre me las prohibiese, ántes había persuadido á mi madrastra que no me atormentase sobre este punto; sino porque las insinuaciones, miradas á hurto, mientras estaba hablando, mil leves desazones semejantes á los lazos con que los pigmeos rodeaban á Gulliver, me imposibilitaban todos los movimientos, de suerte que al fin hacia como las demás, con la diferencia de que yo me moría de tedio, de impaciencia, y de disgusto en mi corazón. Así había ya pasado cuatro años, los más fastidiosos del mundo, y lo que más aflicción me daba, era sentir entibiarse mi talento: á pesar mio, se me iba llenando el entendimiento de pequeñeces, porque en una sociedad donde se carecía de afición á las ciencias, á la literatura, á las pinturas, á la música, donde la imaginación á nadie ocupa, los hechos despreciables, las murmuraciones nimias, son precisamente el asunto de las conversaciones; además, que los ánimos sin actividad, é incapaces de meditación, tienen cierto encogimiento, cierta delicadeza y sujeción, que hacen el trato desagradable é incómodo.

En semejante sociedad solo se halla deleite en una regularidad metódica, oportuna para aquellas, cuyo deseo es deshacer todas las superioridades para poner el mundo á su nivel; pero esta uniformidad es un dolor habitual para los caracteres lla-

mados á un destino propio; y el sentimiento amargo de la malevolencia, que á pesar mio excitaba, se unia con la opresion causada por el vacío, que me estorbaba respirar. En vano se dice: tal hombre no es digno de juzgarme, tal mujer no es capaz de comprenderme; el semblante humano tiene sobre el corazon humano gran poder; y cuando leemos en aquel semblante una secreta desaprobacion, siempre nos molesta á pesar nuestro; en fin el círculo que nos rodea oculta al cabo el resto del mundo; el objeto mas pequeño puesto delante del ojo, intercepta el sol; esto mismo sucede tambien con la sociedad en que vivimos; ni la Europa ni la posteridad podrian hacernos insensibles á los chismes de la casa vecina; y quien desea ser feliz y dilatar su genio, debe, ante todas cosas, escoger bien la esfera que inmediatamente ha de rodearle.

---

## CAPITULO II

No tenia mas entretenimiento que la educacion de mi hermanita; mi madrastra no queria que aprendiese la música; pero me permitió enseñarle italiano y dibujo, y me persuado que aun se acordará de am-

bas cosas, porque haciéndole justicia, manifestaba entónces bastante disposicion... ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! si me he tomado tanto trabajo para vuestra felicidad, me complazco de él, y me complaceria hasta en el sepulcro.

Iba á cumplir veinte años; y mi padre pensaba en casarme: aquí va á manifestarse toda la fatalidad de mi suerte. Mi padre era íntimo amigo del vuestro, y en vos fué, Osvaldo, en quien se fijó para darme esposo; si entónces nos conociéramos, y si me amárais, la suerte de ambos hubiera sido venturosa y serena. Habia oido hablar de vos con tantas alabanzas que, fuese presentimiento ó vanidad, me lisonjeaba en extremo la esperanza de ser esposa vuestra. Erais, á la verdad, demasiado jóven para mí, pues yo tengo diez y ocho meses mas; pero vuestro talento, y vuestra inclinacion al estudio excedian, segun afirmaban, á vuestra edad, y yo formaba tan suave idea de la vida con un carácter cual pintaban el vuestro, que esta esperanza desvanecia enteramente mis prevenciones contra el modo de vivir de las mujeres en Inglaterra. Sabia, por otra parte, que tratábais de estableceros en Edimburgo ó en Lóndres, y estaba segura de que en cualquiera de las dos ciudades hallaria el trato mas fino: decia para mí entónces, lo que todavia creo, esto es, que la desgracia de mi situacion consistia en habitar en una ciudad corta, y situada en el extremo de una provincia del norte, porque solo las grandes ciudades convienen á las